

El Josefino[®]

Nº 44 Agosto 2022
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

"DANOS
SU
CORAZÓN"

Pág. 4

"EN LO
OCULTO"

Pág. 6

"Qué encantadores son tus amores".

(Cant. 4,10)

SUMARIO

... Al lector...

	Pág.
AL LECTOR	3
“DANOS SU CORAZÓN”	4
“EN LO OCULTO”	6
CATEDRAL DE SAN JOSÉ EN TOLUCA, MÉXICO	10
SIERVO DE DIOS PADRE JOSÉ MARÍA VILASECA	12
“EL DON DE LA GLORIFICACIÓN DE SAN JOSÉ EN ALMA Y CUERPO”	14

Estimados Josefinos:

San Juan Pablo II, en su *Redemptoris Custos* 1,4, afirmó: “Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: Feliz la que ha creído, en cierto sentido se puede aplicar esta bienaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios cuando le fue transmitida en aquel momento decisivo”. Junto a la voz del Papa, muchas verdades se han escrito sobre San José, sin embargo queda todavía considerable “materia prima” por extraer.

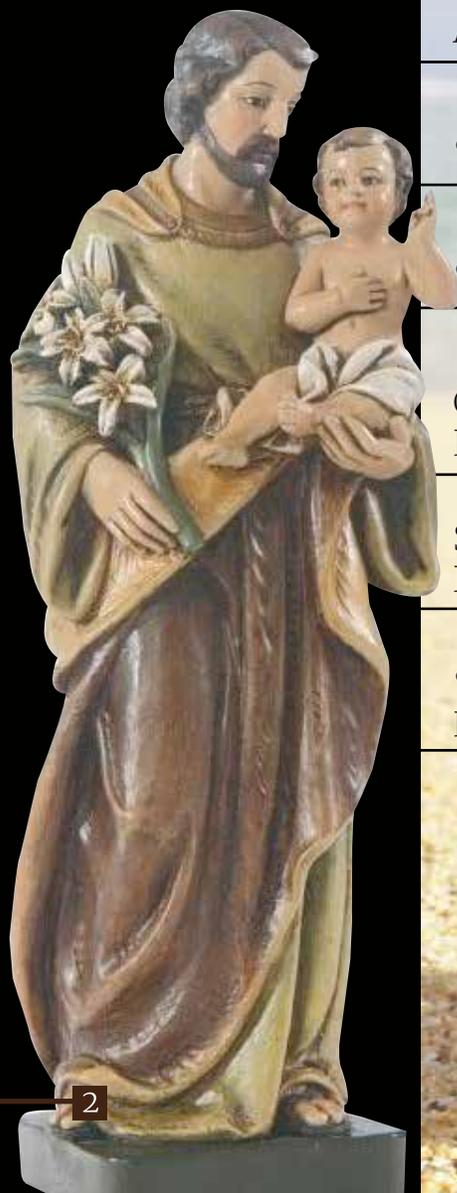
San José sigue siendo una *palabra viva* de Dios para nuestro tiempo. No sin razón fue el hombre que estuvo más cerca de Jesús y el primero que descubrió su Misterio.

San José, por el simple hecho de haber sido elegido por el Eterno

Padre para confiarle la custodia de los dos mayores Tesoros que jamás ha habido en la tierra, Jesús y María, es una razón de peso para afirmar que él es el hombre de *confianza* de Dios.

San José, que no pronuncia una sola palabra en los Evangelios, nos da con su silencio una gran lección. Este hombre, que no escribió nada ni nos transmitió un solo pensamiento nos está diciendo, muy alto, que para amar a Dios no se necesitan grandes cosas. Para amar a Dios solo se necesita: Amor.

La Redacción.





Oración

A SAN JOSÉ

“Danos su Corazón”

Bendito San José
que vivías en continua
y perfecta unión
con Dios y tenías la caridad
más generosa y abnegada
respecto de Jesús,
de María y del prójimo.
No os buscabais
en ninguna cosa;
os olvidabais de Vos.

Ayúdanos a no tener
otra voluntad
que la de Dios;
querer sinceramente
cuanto quiere Dios
y como Él lo quiere;
no querer nada
de lo que Él no quiere
y abandonar cuanto Él detesta.

Que Nuestro Señor
cree en nosotros
un corazón nuevo,
que nos dé una voluntad nueva...
Que nos dé su Corazón.

AMÉN

(Fina Carbó Armengol)

Meditación JOSEFINA

“En lo oculto”



De los treinta años que pasó Jesús en el hogar de Nazaret no sabemos más; simplemente, según nos cuentan los evangelistas que, después del episodio del Templo, vivía *sometido a ellos*.

Penetrar en el misterio de Nazaret ha sido siempre un deseo de todos nosotros. Pero ¿quién se atrevería a introducirse en aquel santuario regido por San José? Nuestra piedad se detiene ante el umbral de la puerta y solo sabe que *vivía sometido a ellos...*

San José regía un hogar, el hogar del Rey del Universo, casi como si “no existiese”. Y es que allá dentro todo transcurría con una naturalidad pasmosa: primero Jesús saltaba sobre las rodillas de su Madre cuando niño; después, cuando muchacho, ayudaría a San José en la carpintería; luego aprendería a recitar el *Shemá* como todo buen israelita y frecuentaría la Sinagoga junto a San José.

San José era digno de la doble misión que la Providencia le confiara cerca de los dos Seres más perfectos que haya habido en la tierra. San José era

un alma de insuperable belleza. Se descubría en él un corazón lleno de fidelidad a Dios a través de la Ley pero también una delicada ternura y valor para soportar todas las pruebas a que Dios Padre le sometía.

Vida de pobreza en Nazaret, de abnegación... de amor; pero también de una profunda humildad y oscuridad. Vida de piedad, de piedad ardiente, de perpetua unión con Dios y de una incansable *guarda del corazón*; pero todo en lo oculto. Ésa era la vida de los Miembros de la Sagrada Familia, de aquella santísima *Trinidad de la tierra*, como muchos autores gustan de llamarla.

Jesús era el más tierno y respetuoso de los Hijos; María la más amorosa de las madres y San José lleno de amor y de entrega hacia ambos como Dios Padre se los había confiado.

Si con esta vida tan en lo oculto hubiese tenido que pasar San José sus días en un desierto... Si a la soledad interior se hubiese añadido la exterior, no hubiera tenido que padecer tanto... Pero San José solo vivía para estar siempre bajo la Voluntad de Dios. El amor al silencio, que más tarde se notaría en él según los evangelistas, era una con-



secuencia natural de su “escuchar” siempre a Dios y de su posición entre los hombres que le rodeaban, tal vez no tan fieles israelitas y guardadores de la Ley.

Su situación como fiel israelita lo obligaba a guardar también todo en su corazón. Vivir con Dios y en Dios era para San José una necesidad tan imperiosa como lo es para la vida corporal del hombre el respirar. Por eso es difícil, por no decir imposible, llegar a comprender la vida “oscura” de San José en Nazaret sin esta perspectiva de su soledad en el mundo.

Sus deseos no eran legítimos más que según la medida con que se conformaban con la Voluntad Divina, regla suprema y única de todo para él. El hombre interior pertenece a la raza de los que buscan a Dios. De su corazón siempre insatisfecho sube una aspiración profunda que encuentra su expresión en las peticiones del Padrenuestro: *“Santificado sea tu Nombre... Venga a nosotros tu Reino... Hágase tu Voluntad...”*

Podía cambiar San José sus deseos naturales pero, el de amar a Dios y complacerlo, debía de ser la perpetua preocupación de su vida. Y como a Dios no le podía complacer más que obedeciendo a su Ley y cumpliendo su Voluntad, San José se mantenía oculto, ocupado continuamente en este deseo.

“Como Dios quiera...” siempre ha sido la máxima de las almas de vida interior, ocultas en Dios como la de San José. Él salió siempre victorioso de las pruebas de Dios. En las horas tenebrosas de su vida de padre

adoptó siempre el modo de proceder que correspondía a lo que había hecho siempre: obediencia perfecta. Y después de cada uno de estos momentos dificultosos se le pudieron aplicar siempre, hasta el último día de su vida sobre la tierra, las palabras que, iluminadas por Dios, había dirigido a su Esposa María, su prima Santa Isabel: *“Dichosa tú porque has creído”*. También a San José se le podían aplicar; su vida fue un continuo acto de fe, la más sublime, la más perfecta que hombre alguno había mostrado sobre la tierra.

En San José dominaba una aspiración única: la de cumplir siempre lo que Dios quisiera. Y esto lo hacía con tal vigor que, fuera de Jesús y María, no tenía “rival”. Todo lo que en su ocultamiento se le presentaba como querer de su Señor era para él un tesoro infinito. No reparaba lo más mínimo en si causaba dolor o alegría; alegría y dolor los aceptaba por igual. Una entrega apasionada siempre a Dios lo caracterizaba, y esto sin hacer ruido, en el silencio, en su ocultamiento.

De esta suerte, llevó en sus días de Nazaret, como una parte de su propia cruz, la previsión del dolor íntimo de Jesús y María en el Calvario. Todo lo llevaba en un silencio solemne y un recogimiento interior como si nunca pudiese irrumpir algo extraño en aquella vida callada, monótona, siempre la misma...

Todas las preguntas que pudiesen haber perturbado a San José sobre lo que iba a pasar en su ausencia no le inquietaban. Al fin de cuentas creía

en la promesa del Ángel que Él, Jesús, habría de ser el que *salvara a su pueblo de sus pecados...* Por eso San José, al igual que María, siempre iba a guardarlo todo en su corazón viviendo su vida oculta en Dios.





Uno de los edificios emblemáticos de Toluca, México, es la Catedral de San José. Es un edificio de estilo neoclásico y está dedicada a San José de Nazaret. Está levantada sobre lo que fue el convento franciscano de la Asunción.

Su construcción tardó en finalizar cerca de 111 años y su proceso constó de varias etapas: Inició el 12 de mayo de 1867 y la etapa de conclusión fue de 1951 a 1978.

En su parte más alta, coronándola, se encuentra una escultura de San José. Esto fue debido a que el 19 de marzo, día consagrado al santo, fue la fecha de la fundación de la ciudad de Toluca. Por este motivo se considera a San José Patrón de la capital mexiquense.

Este edificio religioso tiene una altura de 67 metros desde su base hasta la cima de la cúpula, mientras que de ancho mide 45 metros. La planta basilical de la catedral se extiende a lo largo de 90 metros, albergando diez capillas.

En la parte más alta de su fachada se aprecian tres esculturas dedicadas a las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. El frontón de la fachada tiene una escena en relieve que corresponde a la Ascensión de Cristo al Cielo.

Es una de las pocas iglesias que en su interior alojan la fachada de otra iglesia: la de la Orden Tercera Franciscana, actual Parroquia del Sagrario. Se trata de una iglesia construi-

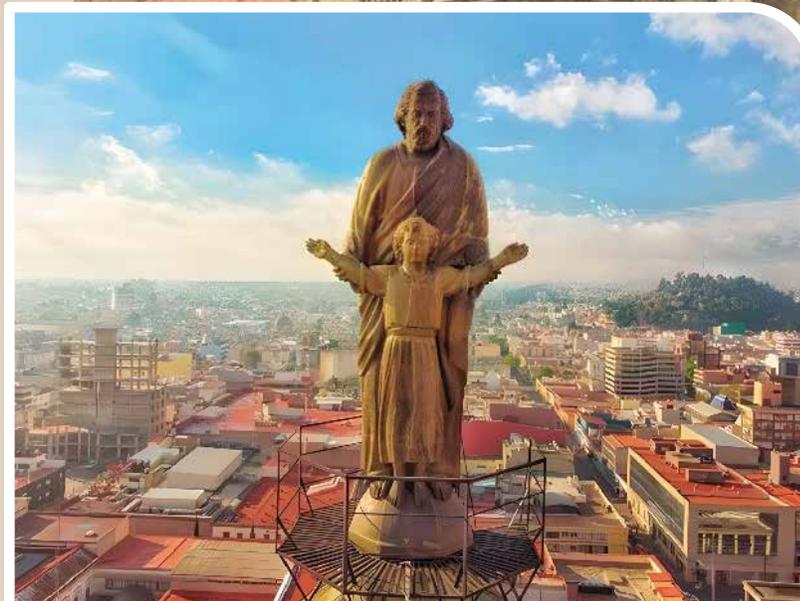
da hacia 1727, con un estilo barroco popular.

La columna sureste, que sostiene la gran cúpula sobre el altar mayor de la Catedral, tiene en su interior una escalera que conduce hasta unos balcones que rodean el interior de la cúpula. Las columnas miden 29 metros de altura y en la cima se ubica una estatua de seis metros de altura de San José sosteniendo al Niño Jesús.

La campana mayor de Toluca lleva por nombre Santa María de Guadalupe y está ubicada en la torre campanario oeste del edificio catedralicio.

La Catedral de Toluca fue elevada a esta condición en 1950, 28 años antes de que su construcción finalizara. La consagración tuvo lugar el 11 de abril de 1978. Existen muchos signos y figuras de santos en ella como Santa Cecilia o San Gregorio Nacianceno.

Catedral de San José en Toluca, México



Siervo de Dios

Padre José María Vilaseca

El Siervo de Dios, Padre José María Vilaseca, nació el 19 de enero de 1831 en Igualada, Región de Cataluña, España.

Estando en el seminario de Barcelona, fue invitado para misionar en América. Llegó a tierra de Veracruz, México, el 20 de marzo de 1853.

Inició el noviciado en la Congregación de la misión, en 1853, y profesó el 3 de abril de 1855. Fue ordenado sacerdote en la ciudad de México el 20 de diciembre de 1856.

Los primeros años sacerdotales los dedicó a las misiones. A mediados de 1869 estableció, en la ciudad de México, la *Biblioteca Religiosa* que, en pocos años, rebasó los 800.000 ejemplares. El primer ejemplar de la revista *“El Propagador de la devoción al Señor San José y a la Sagrada Familia”* vio la luz pública el uno de julio de 1871. Al año siguiente, en la misma fecha, fundó la *“Asociación Universal de San José”*. En ese mismo día apareció también el boletín vocacional *“El Sacerdocio Católico”*, como suplemento de *“El Propagador”*.

El 19 de septiembre de 1872 fundó el *“Colegio Clerical del Señor San José”* que fue la cuna de los Misioneros Josefinos de México. Tres días después con la Srta. Cesárea Ruiz de Esparza y Dávalos, dio vida a la *Congregación de las Hermanas Josefinas*.

Para hacer la Voluntad de Dios, manifestada por las circunstancias y la voz del Arzobispo de México, se separó de la Congregación de la Misión, pronunciando ante el mismo Obispo sus votos religiosos como *Misionero Josefino* el 25 de enero de 1877.

Después de haber dado numerosos sacerdotes a México, en 1885 entregó el Colegio Clerical en un estado muy floreciente, dedicándose de lleno a sus obras josefinas.

Finalmente, el 3 de abril de 1910 murió con fama de santo en el Hospital Escandón de Tacubaya, D.F., (México) mientras se disponía a inaugurar otra de sus obras.

La vida del P. Vilaseca estuvo íntimamente unida a la de San José. El 8 de diciembre de 1870, el Papa Pío IX proclamaba a San José Patrono de la Iglesia Universal. Aunque ya era gran devoto, esta experiencia fue el punto de arranque de un trabajo intenso para propagar la figura de San José. Fue el momento en que el P. Vilaseca sintió la devoción josefina como un regalo de María.

Dice así el Siervo de Dios:

“Siempre lo hemos creído, que una de las gracias que se dignó concedernos la Santísima Virgen María fue, sin duda alguna, el habernos comunicado un grande amor hacia su purísimo y virginal esposo el señor San José y, juntamente con él, haber sentido dentro de nosotros mismos grandes deseos de darlo a conocer a todos los habitantes del mundo si esto nos fuese concedido; así como un no sé qué, que algo en cierto

modo nos hacía barruntar, de lo mucho que entrañaron en sus escritos los sagrados evangelistas; así como algo de lo muchísimo que los Padres y Doctores han tan hábilmente comentado, partiendo de los libros santos; así como entrever algo de lo mucho, muchísimo que hay todavía encerrado en la Sagrada Escritura y en la tradición”.

(Historia pormenorizada, 20 de abril de 1883, c. 5)

Con razón ERES AMADO

(Cant. 1,4)





Josefología

“El don de la glorificación de San José en alma y cuerpo”



El Evangelio nos atestigua que los cuerpos de muchos santos resucitaron después de la Pasión del Salvador. Y estamos persuadidos, por varias razones, que entre ellos se encontraba sin duda alguna el de José.

Los santos gozaron de este privilegio por la excelencia de su santidad. Y creemos con razón que José no fue inferior en santidad a ningún otro. Por tanto, se le concedió ese privilegio.

Además, es propio del hijo honrar a su padre y cuidar de su cuerpo después de muerto; por eso Cristo que era tenido por hijo de José, amándolo más que si lo fuese por naturaleza, al resucitar los cuerpos de muchos santos, no podía dejar en el sepulcro el cuerpo de su padre putativo.

San Bernardo corrobora esto mismo cuando dice: “No convenía que dejara humillado en la tierra el cuerpo de su padre aquel que impuso el precepto de honrar al padre y a la madre”.

Igualmente podemos creer que, si en vida honró a José más que a todos los otros llamándolo padre, también lo ensalzaba por encima de todos después de su muerte.

Y, por último, si el Hijo resucitado colmó de consuelos a su Madre, que había padecido con Él, haría lo mismo con el padre que lo educara. Por tanto, es posible que José fuera uno de tantos que se aparecieron a muchas personas, y en particular a la Santísima Virgen.

Pero el Espíritu Santo no quiso que los evangelistas describieran estas cosas por la misma razón que no haría a la Madre de Jesús testigo de la resurrección de su Hijo. Ha de sostenerse, por tanto, todo lo que concuerda con la verdad, y que ésta sea —como dice San Agustín— la verdadera autoridad pues sin ella la autoridad ni existe ni tiene valor alguno.

Y nadie tome como novedad esta doctrina, pues antes que nosotros ya la delineó y predicó San Bernardino de la Orden de los Menores.

(Isidoro de Isolano, “Suma de los dones de San José P. 4ª, C.3)



Ejército Blanco

Síguenos en:



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>